

## *Invitación del jeque*

---

*Por Mateo Kyezitri*

Escribir es un arte, pero yo no soy un artista, para qué engañarnos desde las primeras líneas. Más bien soy, como me gusta decir, un buscavidas astuto como Bill Gates, que sin ser un sobresaliente programador supo rapiñar dólares a partir del sudor de sus compañeros, y mérito no le quito, ni mucho menos. Como tengo un amigo al que no se le da mal escribir, pensé aprovecharme de su literatura (ya era hora de que le encontrase alguna utilidad) recopilando una serie de correos electrónicos que me mandó este verano y que a continuación presento. Se trata de una historia real, por lo que me disculpo ante el atento lector por ofertar una narración un tanto insulsa en la que ni hay asesinatos ni excitaciones, comprenda que en una vida real como la suya o la mía las emociones fuertes brillan por su ausencia.

*25 de agosto de 2006*

El martes pasado, mientras luchaba contra las legañas delante del café con leche matutino, me llegó una carta desde Marbella. Me extrañó mucho porque a mí la Operación Malaya me cae tan lejos como la Operación Triunfo y el dinero negro que consigo, pronto lo transformo en rubio en el bar de la piscina. Con impaciencia, miré el remitente y no lo conocía: tenía nombre de futbolista árabe o de diplomático palestino. Cuando abrí el sobre me di cuenta de que se habían equivocado: una invitación a una fiesta marbellí. Pensé dos cosas: que o estaba leyendo el artículo de la Rigalt en la contraportada de El Mundo hablando del famoseo marbellí o el cartero se había equivocado sin llamar dos veces. Pero no, estaba bien claro, el destinatario era yo: Mateo José Villalba Nogal. Y mucho me temo que en España no hay otro como yo, al menos hasta la fecha, porque pronto me clonarán para comprobar la adaptación del orangután a la vida en Marte (con éstas y similares me amenaza mi madre).

La invitación provenía, como me había imaginado, de un árabe. Nada menos que de un jeque que me invitaba al cumpleaños de su hija pequeña. Llamé inmediatamente a mi amigo Fernando y me dijo que no, que él no había recibido ninguna invitación, ni del jeque ni de su puta madre. Me quedó claro y colgué. El Colorao me dijo lo mismo, que nanai. ¿Y cómo iba a presentarme yo solo en Marbella en un palacio con mis pantalones de hace cuatro años y mi polo descolorido? Si en ese mundo la ropa es de quita y pon, como el dinero. Y encima, en autobús urbano, que ni para el taxi tengo yo “cash” (como me gusta esta palabra).

A todo esto, ¿para qué me ponía yo a pensar en ilusos viajes a la Costa si en cuanto lo comentase en mi casa mi madre diría que era propaganda falsa y mi padre que me dejase de gilipolleces y terminase de desayunar? Sí, los padres casi siempre llevan la razón. Además seguro que en esas fiestas hablan de que pretenden urbanizar el Mont Blanc o de que han cambiado su BMW por el modelo nuevo de no sé cuántas cuadrigas de caballos. Yo, como mucho, lo que cambio es mi forma de escribir a ordenador: antes con dos dedos y ahora con cuatro.

¿Pero de dónde demonios había sacado un millonario con turbante mi dirección y nombre? ¡Si lo único en lo que nos parecemos es en que ambos damos la vida por el oro, ellos por el oro negro y yo por el oro líquido con dos dedos de espuma! Las páginas amarillas, seguro, bueno no, que el teléfono está a nombre de mi madre. Maldije en silencio a la Sociedad de la Información, más que nada porque por mucho que gritase no me oiría: seguro que la culpa la tenía Internet y los malditos “regístrate GRATIS para acceder a los contenidos de esta página”. Gratis y una mierda, ¿es que mi intimidad y mis datos personales no valen un céntimo?

A pesar de todo, ¡qué más da! Quizá allí conozca a una morena de ojos saltones a la que no le importe acostarse con tigres de Bengala ni con osos manchegos. Tendré que ir, aunque el tren me cueste una pasta. Al fin y al cabo, hay que aprovechar las oportunidades inesperadas. La fiesta es el sábado que viene, el día 2 de septiembre. Ya te contaré. Cuídate.

### ***6 de septiembre de 2006***

En fin, continuó con mi aventura del verano. Llamé al número de teléfono que aparecía en la invitación y me confirmaron que había una persona con mi nombre en la lista de invitados, que sí hombre, exactamente con ese nombre. Evidentemente, la simpática señorita con la que hablé no conocía las razones de una u otra invitación y no iba a pasarme al archiocupado y archimillonario jeque por tan trivial motivo. Bueno, pensé, lo importante es ser o no ser, las razones son arbitrarias e insustanciales.

Llegó el sábado día 2 y me embarqué en el tren Madrid–Málaga, que alcancé en Alcázar de San Juan por un precio nada módico: era un TALGO y eso se nota. En Málaga cogí un abarrotado autobús hacia Marbella. Era sábado y, claro, las playas marbellíes amenazaban con plagarse de ansiosos ciudadanos ávidos de la estéril felicidad solar. A medida que me acercaba, manoseaba más y más el papel cuché del convite y releía impaciente la dirección a pesar de sabérmela ya de memoria. Cuando el autobús paró en Marbella no bajé: aún quedaban otras dos paradas en la ciudad y la última estaba más cerca de la dirección a la que me debía dirigir. Finalmente, puse pie en tierra y respire la humedad salada de la Costa del Sol.

Después de seis horas de viaje comenzaba a tener hambre. Especulé –ya que me encontraba en un lugar en el que la palabra especulación, en este caso urbanística, está a la orden del día- con aguantar sin comer hasta la hora de la cena, es decir, la hora de la presunta invitación, para así poder deleitarme con los manjares que ofrecerían los anfitriones. Mi estómago no estaba de acuerdo con mi decisión y, dado que en mi caso el buche ostenta un rango mayor que el raciocinio, me acerqué al primer bar que encontré. No exactamente al primero que vi, sino al primero en el que no parecían tener un cuchillo para sacar riñones sobre la barra. Un bocadillo de jamón serrano avivó mi paralizada mente al mismo tiempo que una caña me refrescó el gaznate. Descuidé momentáneamente mi pensamiento del jeque mientras masticaba y disfrutaba y paladeaba y me rondaban extrañas reflexiones sobre la influencia que pudo tener la inanición en el ejército ruso durante la Gran Guerra. Ahora sí que me encontraba preparado para cualquier batalla, incluso para la dialéctica.

Cuando llegué a la dirección indicada, ya sudoroso por culpa de la humedad, me asombró el descomunal tamaño de la residencia veraniega del adinerado árabe. Me sentí muy ridículo en ese momento porque era exactamente lo que pretendían: achicarme, hacerme sentir indefenso ante su magnanimidad y, consecuentemente, su poder. Me recordó a la sensación que me embargó en la Plaza de San Pedro de Roma rodeado de la perfectamente diseñada columnata de Bernini. Comprendí que estaba a poco de conocer plenamente el significado de conceptos como ostentación, suntuosidad, lujo o derroche.

Llamé al timbre exterior mientras intentaba divisar el jardín interior que rodeaba la mansión. Aparecieron junto a la puerta dos hombres. Uno de ellos era andaluz, vestido de traje y con apariencia de ir disfrazado por la aparente incoherencia entre su vestimenta y su ruda tez. El otro era moro, o sea, un serio secuaz del jeque al que no diría moro si me oyese por su

inabarcable tamaño y el más que fundado temor a la represalia, que después de la que se lió con las viñetas de Mahoma cualquiera se pone ahora quisquilloso. El andaluz me preguntó muy amablemente que qué deseaba y yo, mientras clavaba la vista en los ojos blanco Colgate del moro, contesté con vergüenza que traía una invitación a no sé qué cumpleaños de no sé qué hija de no sé qué moro, que diga, perdón, árabe. “¿Salgo corriendo antes de que moro procese mis palabras o aguanto estoico?” No me dio tiempo a tomar una decisión cuando se dibujó (o eso quise yo ver) una sonrisa en la cara del siervo árabe. Sus dientes también eran Colgate.

### *7 de septiembre de 2006*

José Carlos, luego me enteré de que el andaluz de la entrada tenía tan original nombre, me preguntó mis datos para comprobar que no era un intruso. Al cerciorarse de mi presencia en la lista de invitados, me acompañó a una pequeña sala y me dijo que esperase. Se escuchaba un confuso rumor no muy lejano acompañado de una música de piano que no alcanzaba a reconocer, un adagio o algo parecido. Apareció a los cinco minutos con un elegante traje gris colgado de una percha y me pidió que me lo pusiese porque tal y como iba desentonaría en el interior y Su Señor no permitiría tal ofensa a un crío. No me encontraba yo en disposición de rebatir a nadie si finalmente pretendía asistir a la fiesta, así que me vestí antes de pasar al fastuoso salón en el que había comenzado ya la invitación. Me recordó a algunas películas en las que se organizan grandes banquetes y todos los bien nacidos charlan en reducidos grupos mientras picotean de las mesas de canapés y beben de las copas que regularmente les ofrecen los camareros. No eran pocos los camareros que rondaban por la sala con bandejas repletas de copas de champagne, de vermú, de vino y de fino.

Ahora que veía que mi sed y mi apetito serían fácilmente satisfechos, me inquietaba más aún la idea de qué coño hacía yo allí, rodeado de gente bien y sin conocer a nadie. Pronto descubrí quien era la anfitriona, la hija del jeque, o sea. Era fácilmente reconocible por su llamativo atuendo, porque no paraba de acercarse gente a saludarla –para felicitarla, supuse- y porque andaba acompañada de dos indescritibles por inconmensurables guardaespaldas. Tendría unos 26 años, aunque yo jamás acierto la edad femenina, y era morena tanto de piel como de cabello, aunque no demasiado guapa, la verdad. Discretamente delgada y con una elegancia un tanto forzada por educación. ¿La saludo? ¿La felicito? ¿Sabrá español? Estaba muy aturdido, amén de solo. Y no me cabía la menor duda de que no conocía a esa chica, jamás la había visto.

Un camarero se acercó a mí y me ofreció una copa de vino, la tomé con suma delicadeza; el escuálido cristal de la copa amenazaba con fracturarse. Me acerqué a una mesa y probé uno de los canapés de caviar con salmón ahumado noruego. Si no me iba a divertir con aquellas recatadas y educadas personas, al menos me daría un festín gastronómico. Miraba a un lado y a otro buscando a alguien conocido: era evidente que la invitación no había sido fortuita ni me había tocado con los tres últimos números del Cuponazo de la ONCE.

Por fin, mientras me inclinaba a coger mi tercer canapé, divisé al joven que seguro era el culpable de que yo estuviese allí. Habían pasado pocos meses desde que lo conocí, no había cambiado en nada, excepto en el atuendo; informal antes, elegante por imposición ahora. Se acercó a mí antes de que me diese tiempo a arrimarme a él. Me saludó con efusividad a pesar de no conocerme excesivamente y, mirándome a los ojos, dijo que sabía que no le fallaría y que obedecería a tan apetitosa invitación.

Conocí a Al Kahtani en un pueblo de Badajoz después de Semana Santa, cuando se acordó un encuentro de fin de semana entre los jóvenes voluntarios de Ingeniería Sin Fronteras de toda España. Los jóvenes que allí estaban eran marchosos y comprometidos. Me impresionó que se podían distinguir nítidamente dos grupos: por un lado, los alternativos que añoran épocas sesenteras, fuman yerba, hacen malabares, se agujerean las cejas y creen que van a cambiar el mundo; por otro, los adinerados a los que les duele la conciencia más que el hambre en África y que se afilian a ISF para auto-tranquilizarse y redimirse. Al Kahtani parecía no pertenecer a ninguno de los dos subgrupos y quizá fue por eso por lo que entablé una higiénica amistad con él. Mantuvimos un par de conversaciones interesantes ese fin de semana, pero lo que jamás me imaginaba era que detrás de esa mente despierta y dinámica se encontraba el hijo del jeque árabe más rico del mundo.

### *10 de septiembre de 2006*

Fui yo quien recomendé a mi hermana que te invitase, me confirmó Al Kahtani, porque ya está un poco cansada de las conversaciones de palacio y de las rutinas del petróleo; está ansiosa de conocer más gente, de ver más mundo, de codearse con personas de todo ámbito social. También me confesó que a él lo veían como un hijo no deseado por haber abandonado a su familia y el dinero fácil y haber huido a estudiar Industriales a Madrid. De hecho, recuerdo que en el encuentro con ISF vestía andrajoso y comía con descuido; es lo que suele suceder con aquellos que pueden conseguir todo a fuerza de dinero, que no les satisface la ambición material por no suponer un reto, los inquietos ansían algo más allá de las posesiones.

Charlamos densamente durante un buen rato. No entendía porqué eran muy pocos los que se acercaban a saludar a Al Kahtani; quizás por su rebeldía juvenil, o quizás por tener la cabeza

mejor amueblada y sus ambiciones estipuladas de modo inverso a las del resto de invitados. Parecía evidente que le aburrían este tipo de celebraciones, tan pomposas, tan barnizadas, tan encorsetadas. Y lo admitió, había convencido a su hermana para que me invitase para no aburrirse. Así que, para qué engañarnos, yo estaba allí simplemente como un bufón obligado a entretener a una parte de la corte. Al menos, conseguí que me presentase a la anfitriona, que me pareció más atractiva de cerca gracias a la mirada penetrante que me regaló por curiosidad. Se llamaba Jasmini, y no pudimos hablar demasiado con ella porque continuamente debía atender las felicitaciones del resto de comensales. Así pues, nos alejamos de la anfitriona y nos lanzamos al fino de Jerez para acortar la fiesta. Tenía entendido que los musulmanes no podían beber alcohol, pero tampoco los católicos deben robar y no pierden oportunidad, aunque unos sean más sutiles que otros, eso sí.

Progresivamente nos fuimos rindiendo a la inercia ética. Ya habían pasado cuatro horas desde que entré en el salón de fiesta y dos desde que habían callado el piano para dar paso a un nada modesto grupo de música que amenizaba la fiesta al modo occidental. Habíamos pasado, por supuesto y también, a bebidas de alta graduación alcohólica: del vino al whisky, del champagne a la ginebra. Entretanto la conversación iba adquiriendo los tintes metafísicos bobalicones en los que suelen acabar este tipo de cosas, que si a Zapatero le faltaban huevos para borrar del mapa a Arnaldo Otegi, que el integrismo de sus compatriotas era peligroso no sólo para las reprimidas mujeres, que los presupuestos estatales estaban tan mal racionados como algunos testamentos machistas. Me sorprendieron gratamente algunos de sus avispados e ingeniosos comentarios, como cuando contó con toda la seriedad posible que “tenía un tío que quiso vivir tan deprisa que se lanzó al vacío desde un quinto por no esperar al ascensor”. O cuando me explicó su cómica perspectiva del Holocausto nazi: “cinco millones de asesinatos amén de muy graves descalificaciones y no se le ocurre a usted más que recibirlos con un frío

*disculpen las molestias que les podamos haber ocasionado. Y mientras reordena sus papeles, les recomienda esperar en la cuarta fila, allí detrás de Siria y cerca de Egipto”. Y entre copa y copa de whisky, recordábamos a Heráclito confirmando que el contenido de los vasos tampoco volvería a ser el mismo tras apurarlos.*

### ***11 de septiembre de 2006***

Sinceramente, mis perspectivas habían sido colmadas a esas horas de la madrugada: me había emborrachado por enésima vez este verano y había conocido un mundo inaccesible para la plebe. No aspiraba a nada más que a encontrar un lugar donde dormir, aunque Al Kahtani no cesaba en sus empeños de ofrecerme una cama en palacio junto a él. Sabía que eso sería abusar de la famélica confianza que el jeque otorgaba a su hijo. Así que, mientras la sala se vaciaba gradualmente, nosotros dos nos acercábamos a las jóvenes sin malas intenciones, como diría Groucho: “no piense mal de mí, señorita; mi interés por usted es puramente sexual”.

Tras unos cuantos intentos fallidos, esencialmente por nuestra juventud en comparación con gran parte de los convidados, logramos entablar una conversación con tres malagueñas que no nos huían. Incluso sonreían con picardía si los piropos eran de su agrado. La más bajita, me explicó mi compañero nocturno, era hija de una de las cocineras de la mansión y compañera de correrías de Jasmini desde hacía varios veranos. Las otras dos, con vestidos de Zara muy bien llevados, contrastaban por su estilizada figura con la amiga de Jasmini. Se llamaban Inma, la bajita, Marta y Ángela. Marta coqueteaba con muy poco disimulo con Al Kahtani, que ya había abandonado el alcohol para dedicarse exclusivamente a relatar sus andanzas como prófugo familiar a la asombrada malagueña. Como viese que el asunto entre el moro y la morena estaba ya más que consumado por la sonrisa que envió Marta a Inma y por el guiño de ojos que me

dirigió Al Kahtani, propuse a las dos restantes finiquitar la fiesta en alguna discoteca marbellí. Expuse como excusa que ya me encontraba incómodo con el traje prestado –en ningún momento oculté que me lo habían impuesto- y que me gustaría conocer la fiesta en Marbella, de la que tanto había oído hablar. Inma aceptó mi propuesta, no así Ángela, que dijo que estaba cansada de los tacones y quería ir a descansar. Para ser franco, hubiese preferido quedarme con Ángela, más alta, más elegante y, sin duda, más atractiva físicamente. Porque, la verdad, que Inma fuese más vivaracha no era un factor demasiado determinante para decantarme por ella en mi fugaz noche marbellí.

Pedí educadamente a José Carlos mi ropa y, tras despedirme cordialmente de Al Kahtani e intercambiar el número de móvil, salí con Inma y Ángela a la calle. Los tres montamos a un taxi que había solicitado José Carlos. Dejamos a Ángela en la puerta de su casa. A medida que el taxi se alejaba de ella, yo miraba con disimulo por el retrovisor lamentándome de la oportunidad perdida y reconociendo que, encima, su casa era de familia pudiente.

El taxi nos dejó a las puertas de una gran discoteca marbellí en la que Inma había disfrutado muchas noches. Dijo que no me decepcionaría y pagué la entrada con disgusto pero con ilusión. Lo que sucedió desde este momento se emborronó en mi memoria, frágil por naturaleza y deteriorada más aún por el alcohol, y de lo que recuerdo, prefiero no entrar en detalles; sino dejarlo todo a la imaginación.

El tren de vuelta a Alcázar de San Juan lo cogí a las 15:15.